

Elton Honores, *La racionalidad deshumanizante. El teatro político y la ciencia ficción (1886-1989)*, Polisemia e Instituto Raúl Porras Barrenechea, Lima, 2017. ISBN: 9786124745942

Hay, sin duda, algunos prejuicios en la investigación literaria en el Perú que ha privilegiado el estudio de la novela y el cuento de cuño realista. Así, ha dejado de lado el relato de ciencia ficción. Autores como José María Arguedas, Mario Vargas Llosa y Ciro Alegría se enmarcan en el ámbito de la tradición realista. Dicha perspectiva no ha estudiado, con suficiente rigor, el relato fantástico que tiene, en el Perú, notables cultores como Luis Loayza, José Adolph o Harry Belevan. Muchos investigadores literarios han asumido una falacia sin darse cuenta: creer que un cuento realista es superior a un relato fantástico. Asimismo, aquellos estudiosos han creído, también equivocadamente, que el primero puede hacer una mejor crítica política que el segundo. La investigación de Elton Honores (Lima, 1976) intenta, con éxito, evidenciar ese error y superarlo merced a un trabajo meticuloso con las fuentes bibliográficas. Él es doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Pionero en la pesquisa sobre la ciencia ficción en el Perú, organizador de congresos internacionales sobre el mencionado tema y defensor del rol de la imaginación literaria, Honores ha sabido crear

un espacio de reflexión nuevo en el ámbito de la crítica literaria peruana.

Ha publicado libros tan importantes como *Mundos imposibles. Lo fantástico en la narrativa peruana* (2010) y *La civilización del horror. El relato del terror en el Perú* (2014). Honores navega a contracorriente, pues la investigación especializada ha dejado fuera del canon a ciertos autores de relato fantástico que él desea estudiar y revalorar. El rigor filológico de Honores es digno de mención. En primer lugar, busca los textos literarios olvidados injustamente por los críticos literarios oficiales que se solazan única y exclusivamente con la narrativa realista. En segundo término, revisa la bibliografía secundaria hasta agotarla; en este aspecto, es heredero de la tradición hermenéutica sanmarquina de David Sobrevilla, quien ha examinado puntiliosamente la crítica especializada sobre la obra de César Vallejo. En tercer lugar, Honores indaga por las fuentes teóricas sobre la literatura fantástica. Ello muestra una perspectiva epistemológica que lo aleja tanto del impresionismo como de la fetichización del método, pues aquel deja de lado la reflexión sistemática sobre el objeto de estudio, mientras que la segunda postura convierte al método en un dios e impone dogmáticamente una sola lectura por so-

bre las demás aproximaciones críticas tan válidas como la primera.

El libro que motiva esta reseña —*La racionalidad deshumanizante. El teatro político y la ciencia ficción (1886-1989)*— es un estudio erudito sobre el teatro peruano que abarca más de un siglo y consigna una bibliografía de más de 30 páginas. Sabemos que el género teatral ha sido casi olvidado en el Perú. Hay investigadores peruanos expertos en narrativa como Antonio Cornejo Polar o José Miguel Oviedo o Tomás Escajadillo; o en poesía, como Estuardo Núñez o Alberto Escobar o Américo Ferrari, entre otros. No sucede así con el teatro que espera un análisis más minucioso y provisto de un marco teórico riguroso. El trabajo hermenéutico de Honores contribuye a llenar ese vacío y se encuentra dividido en cuatro capítulos.

En el primero, el autor se sitúa en una perspectiva diacrónica, es decir, intentar dar cuenta del proceso del teatro latinoamericano. Sin lugar a dudas, un análisis de las obras teatrales no debería dejar de lado la ubicación de estas en el panorama de la literatura peruana. Honores, en este caso, se sustenta en Beatriz Risk, quien distingue tres generaciones: la realista, que abarca desde 1890 a 1920 y se caracteriza por el funcionamiento de códigos naturalistas y costumbristas; la vanguardista, que comprende desde 1920 a 1950 e implica la exploración onírica y de una realidad múltiple; y, por último, la del nuevo teatro, que empieza desde 1950 y llega hasta 1980. En lo que concierne al Perú, el investigador plantea cinco períodos:

el del teatro costumbrista (desde el siglo XIX hasta 1945) con autores como Manuel Ascensio Segura, Felipe Pardo y Aliaga, Leonidas Yeroví, entre otros; la etapa del teatro poético (1945-1960) que se halla representado por Jorge Eduardo Eielson, Felipe Buendía, Sebastián Salazar Bondy, Juan Ríos, por ejemplo; el período del teatro arte (1956-1968) donde se sitúan Julio Ramón Ribeyro, Enrique Solary Swayne, Juan Rivera Saavedra, verbigracia; la etapa del teatro político (1968-1980), representado por Alonso Alegría, Alberto Mego, José Adolph, entre otros; y, por último, el período del teatro de violencia política y de conflicto armado (1980-2000), momento donde aparecen grupos como Cuatrotablas o Yuyachkani y autores como Rodolfo Hinostroza o Roberto Sánchez Piérola. Después de ese panorama histórico, Honores emprende el análisis del teatro de ciencia ficción.

En el segundo capítulo, el investigador pasa revista a obras como *La caja fiscal* (1886) de Acisclo Villarán, integrante de la generación romántica, o *El club* (1929) de Luis Berninsone o *¡Un hombre con tongo!* (1950) de Héctor Velarde. En esos textos se aborda la experiencia del ser humano en la modernidad sobre la base de los aportes de Marshall Berman, así como se analizan los temas y el vínculo de estos respecto de los aportes del teatro vanguardista o clásico.

En el tercer capítulo, Honores examina textos de Juan Rivera Saavedra, Alberto Hidalgo, Juan Gonzalo Rose, Estela Luna, Alberto Mego, Julio Ortega, José B.

Adolph y Hernando Cortés. En este caso se trata de señalar cómo «La racionalidad deshumanizante denuncia la alienación, la violencia y la opresión que ejerce el Estado contra sus ciudadanos y la progresiva deshumanización a la que se enfrenta el ser humano en la modernidad» (p. 88). Como se puede observar, Honores no ve los textos de manera autotética, sino que vincula el sentido de textos con una problemática de índole política. En tal sentido, el teatro de ciencia ficción no es escapista, sino que evidencia un profundo compromiso del artista con su tiempo.

En el cuarto capítulo, el estudioso peruano aborda textos de Rodolfo Hinostroza, Estela Luna, Adriano Alarco de Zadra y Juan Rivera Saavedra que se sitúan en los años ochenta del siglo pasado. Aquí hay dos hechos coyunturales: la Guerra Fría y el peligro nuclear. Un aspecto digno de mención es el astronauta como personaje en *Navegantes del Sol* (1988) de Alarco de Zadra. Otro procedimiento es la proyección al año 2500 en *Un hombre llamado Torpe* (1987) de Rivera Saavedra. Sin duda, Honores desmonta adecuadamente la retórica del teatro de ciencia ficción en ambos casos.

Ahora sería pertinente referirse a la obra del notable poeta, cuentista, ensayista y dramaturgo Rodolfo Hinostroza, figura imprescindible de la llamada generación del sesenta en el Perú. Como sabemos, Hinostroza publicó dos poemarios capitales: *Consejero del lobo* (1965) y *Contra Natura* (1971). Asimiló los aportes

de Saint-John Perse, Ezra Pound y Charles Olson para pergeñar una obra neovanguardista de gran experimentación en la página en blanco, a la manera del simbolista Stéphane Mallarmé. Asimismo, produjo relatos de ciencia ficción como «Las memorias de Drácula» y un ensayo dedicado a Mallarmé. Sin embargo, escribió *Apocalipsis de una noche de verano* (1987), una obra teatral (basada en *Sueño de una noche de verano* de William Shakespeare) que es analizada minuciosamente por Honores y que se sitúa en el ámbito del peligro nuclear en el contexto de la Guerra Fría entre la ex Unión Soviética y los Estados Unidos. Honores afirma: «Hinos-troza confronta el mundo de las hadas con el de los humanos, ambos en dos planos distintos de realidad. Como seres mitológicos, aquellos pueden intervenir en las acciones humanas, o confundirlos, pero sus objetivos son distintos: los seres élficos son lascivos y buscan la plena satisfacción sexual, mientras que los humanos, la destrucción. Así, Eros y Thanatos dominan ambas realidades» (p. 158). En tal sentido, como señala Fernando de Diego Pérez, se formulan dos realidades en *Apocalipsis de una noche de verano*: el teatro isabelino y la realidad latinoamericana, sometida a los intereses del imperialismo estadounidense.

El libro de Honores permite reflexionar sobre algunos aspectos metodológicos de la investigación literaria. El investigador intenta, como dice Antonio Cornejo Polar en otro contexto, «historizar la sincronía», es decir, analizar el pro-

ceso de las obras teatrales de ciencia ficción sin olvidar el abordaje de los mecanismos textuales de cada texto. Asimismo, Honores hace una revisión puntillosa de la bibliografía secundaria que examina cada obra teatral y su vínculo con la tradición literaria. No se ciñe a un solo método, sino que manifiesta una pluralidad metodológica y un acercamiento interdisciplinario muy valiosos e

innovadores. Por todo lo expuesto, este ensayo de Elton Honores es imprescindible porque ilumina el estudio del teatro en el Perú.

CAMILO FERNÁNDEZ COZMAN
Universidad de Lima
crferna@ulima.edu.pe

